

Al filo del Poder

Angelo Gordillo

"Después no sé qué vendrá, pero seguiré escribiendo. No puedo imaginarme sin escribir, y me parece extraño, ¿por qué no escribe todo el mundo? ¿Cómo pueden ser felices si no escriben?", se pregunta. "He tenido frustraciones como escritor, pero no hay nada comparable, una satisfacción mayor a crear algo, crear algo perdurable de la nada"

Karl Ove Knausgård

Índice

Capítulo 1

El estudiante de intercambio y el militar retirado

Capítulo 2

Colaboración

Capítulo 3

Retribución

Interludio

Estallido Social Chile 2019

Capítulo 4

El hombre de Asia

Capítulo 5

Traición

Capítulo 6

La Secta

Capítulo 7

Brazil

Nota del Autor

Capítulo 1

El estudiante de intercambio y el militar retirado

Santiago

El extenso campus universitario en el extremo sur de la ciudad, donde la clase media apenas resistía los fríos inviernos de junio en Santiago, provocó en Ian una punzada de nostalgia. La lluvia persistente y las temperaturas hostiles le recordaban Pentonville, Londres —otro suburbio gris, de esos que se niegan a ser olvidados. Las viejas fábricas aún se alzaban como esqueletos, esperando su turno para convertirse en lofts o centros comunitarios modernos, como si el tiempo negociara con el progreso.

El nuevo edificio donde tomaba sus clases no conservaba rastro del antiguo “centro comercial”—nombre que los estudiantes habían dado, con afecto, a la escuela de economía y administración. Las palmeras del vestíbulo habían desaparecido, junto con la vibra improvisada de negocios estudiantiles. Lo que quedaba era una reputación internacional, suficiente para que Ian Curtis eligiera pasar allí su último año académico.

Aunque si era sincero, fueron más el presupuesto limitado y su afición por los picos nevados lo que lo trajo hasta esta tierra extraña. Había leído los diarios de Darwin con una fascinación casi infantil, sumado a la idea de aprender otro idioma, mientras se perdía en paisajes andinos le parecía una alternativa interesante para salir de su rutina londinense.

En su día a día, compartía clases con un grupo diverso y energético. Nacionalidades, acentos, historias cruzadas. En las noches, esa mezcla estallaba en fiestas, discusiones, cenas improvisadas. Le gustaba esa calidez inesperada: los abrazos, la risa fácil, la forma en que los desconocidos lo trataban como si ya lo conocieran.

Por otra parte, su piso compartido era pequeño pero suficiente. La cercanía al campus le permitía ir en bicicleta, salvo en mañanas lluviosas como esta, cuando optaba por el metro. Le recordaba a Londres, aunque con menos reglas y más ruido. Con su altura y su barba rala, destacaba inevitablemente. Eso no parecía molestarle; de hecho, a menudo le servía para iniciar conversaciones. Como esa mañana, cuando la vio subir al vagón.

Raquel Silva. Estudiante de programación, ojos claros, rubia, con un aire de inocencia juvenil. Trabajaba cerca del coworking donde él daba clases informales de inglés para principiantes. Ya habían cruzado saludos antes, pero esta vez la conversación fluyó con naturalidad. Él se arriesgó:

—¿Tenís plan para el viernes en la noche?

La pregunta salió con un acento incierto, como si tropezara en su boca. Ella sonrió. No tanto por él, sino por el intento.

—Sí —dijo al fin, con un tono suave—. Pero puedes acompañarme si quieres. Es una fiesta en la asociación de jóvenes socialistas. Casi nadie habla inglés, pero te puedo ayudar con algunas traducciones, aunque la verdad, tu español ha mejorado bastante Ian, felicitaciones.

—Gracias, Raquel. Tu inglés, como siempre, es excelente —dijo Ian, devolviendo la sonrisa.

Cuando el tren se detuvo, se hizo a un lado para dejarla pasar. El aire frío lo golpeó con fuerza al salir, pero le gustaba esa sensación. Estaba lejos de casa. Pero por primera vez en mucho tiempo, sentía que algo importante estaba sucediendo y que lo marcaría para el resto de su vida.

Las noches de viernes en la bulliciosa capital siempre eran una aventura, incluso en pleno invierno. El centro de Santiago cobraba vida mientras la última luz del día se extinguía. Multitudes salían apresuradas de sus oficinas, ansiosas por escapar de las calles de alta criminalidad antes de que cayera la noche. La energía era, a la vez, estimulante e inquietante.

Ian, consciente de los riesgos pero sin mostrarse particularmente preocupado, esperaba en una esquina, junto al edificio del movimiento socialista. Era un tipo grande y eso le daba cierta seguridad, aunque ni su tamaño evitaba que mirara por encima del hombro de vez en cuando.

Cuando Raquel apareció con su grupo, riendo y charlando, Ian soltó el aire sin darse cuenta. Con un saludo rápido lo invitaron a entrar. La calidez del lugar contrastaba de inmediato con el caos exterior.

Un salón amplio, iluminado con luces tenues, los recibió. El grupo se dispersó saludando a conocidos. Raquel, sin soltar su copa, tomó del brazo a Ian y lo llevó hacia un rincón donde se reunía un pequeño grupo.

—Este es Ian —lo presentó en español, con una sonrisa—. Un gringo de intercambio, recién llegado de Inglaterra.

Bastó eso para incluirlo en la conversación. Quizás pensaban que no entendería mucho. Ian sonrió, captando algunas frases. No era la primera vez que lo subestimaban.

—Nuestro gobierno no está dando el ancho, ¡por la chucha! —soltó uno de los jóvenes.

El tono cortante captó la atención de Ian. La frustración era clara, aunque el lenguaje, tan rápido y local, le exigía atención.

—Y si no cumplimos el programa de gobierno—continuó el joven— nos van a sacar cagando. Otra revolución como la de Octubre y chau.

Ian se concentró. Raquel lo miró de reojo, evaluando si seguía el hilo. Él asintió, inseguro, pero agradecido.

Minutos después, ella lo tomó de la mano y lo condujo a una terraza donde corría aire glacial. Varios fumaban y bebían vino caliente —Navegao, como decían todos con entusiasmo casi ritual.

Ian saboreó el calor del vino y también la cercanía de Raquel, cuyo cuerpo casi rozaba el suyo. No necesitaba más excusas para quedarse allí.

—He estado pensando en lo que decían antes... sobre la Revolución Rusa de Octubre —dijo Ian, serio.

Raquel soltó una carcajada inesperada, casi derramando su copa.

—¡No, Ian! —rió—. Hablaban de nuestra Revolución de Octubre. Fue en 2019. Más de un millón de personas protestando en todo Chile por un nuevo contrato social.

Su voz fue bajando, hasta volverse grave.

—Muchas personas sufrieron. No es algo que tomemos a la ligera.

El comentario lo golpeó, pero no lo alejó. Como buen británico, cambió de tema sin pensarla demasiado. En lugar de retirarse, se acercó un poco más, fijó la mirada en sus ojos y dejó que el frío justificara la calidez del gesto.

El viejo edificio en el Barrio Lastarria, situado frente al río Mapocho, soportaba las temperaturas bajo cero de aquella mañana con silenciosa resistencia. Su principal atractivo —un anticuado sistema de calefacción central— era una reliquia de una época en que este sector, enclavado cerca del Museo de Bellas Artes y de lo que alguna vez fue un hermoso paseo forestal, representaba el pináculo de la elegancia santiaguina a principios del siglo pasado.

Hoy, como una dama envejecida pero digna, el edificio aún conservaba su estilo. Su fachada desgastada y sus detalles arquitectónicos, aunque deteriorados, guardaban los recuerdos de una era distinta, manteniéndose como un testimonio orgulloso del esplendor perdido del centro de la ciudad.

Sin pensarlo demasiado, el capitán retirado del Ejército Felipe Correa comenzó a caminar rápidamente desde su departamento hacia su oficina gubernamental, cerca del Palacio de La Moneda. El viento frío golpeaba su rostro recién afeitado mientras repasaba mentalmente los pendientes que lo esperaban en el Departamento Civil de Contrainteligencia, donde había sido recientemente asignado.

Al principio se preguntó qué error lo había llevado hasta ese rincón olvidado del aparato estatal. Pero, a pocas semanas de haber asumido el cargo, comprendía la verdadera importancia del trabajo que allí se realizaba. También empezaba a aceptar una verdad más incómoda: que la discreción absoluta era esencial... incluso con amigos. Incluso con su propia familia.

A pesar de su comportamiento sereno y controlado, pocas personas habrían adivinado que algo lo inquietaba aquella mañana. A juzgar por su paso firme y su porte, parecía en control absoluto de su nueva función.

Sin embargo, Felipe aún luchaba por adaptarse a las exigencias morales del puesto. El desapego calculado, la disposición para operar en zonas grises, la vigilancia permanente... todo chocaba con partes de sí mismo que no estaba dispuesto a abandonar tan fácilmente.

—Como eres nuevo aquí, te iniciaremos con algo sencillo, alineado con tu experiencia —le había dicho la directora del departamento, con un tono cortante y eficiente—. Sabemos que pasaste algunos años en Londres cuando tu padre era embajador.

Él no respondió. Sabía que ella —Angélica Cristi— era parte del comité que evaluaba cada expediente antes de asignar responsabilidades. Aun así, hizo un esfuerzo por parecer comprometido con la charla informal que ella le ofrecía.

—Creemos que podrías comenzar con una revisión de los archivos sobre la delegación británica —continuó, neutral—. Como sabrás, MI6 tiene presencia en prácticamente todo el mundo, incluso en países tan lejanos como el nuestro. Por principio, debemos seguir de cerca cualquier actividad sospechosa, ya sea política o económica, local o regional.

Le entregó entonces una hoja mecanografiada con instrucciones para navegar por la base de datos del departamento. Luego añadió, sin cambiar de tono:

—Mira si puedes identificar algo nuevo. Algo que hayamos pasado por alto.

Salió de la habitación sin esperar respuesta.

Mientras Felipe caminaba aquella mañana hacia su oficina, seguía recordando la conversación. Había algo en ella —en Angélica— que no podía ubicar con precisión. No era solo la asignación; era algo más persistente, algo que vibraba debajo de la superficie.

Ella imponía presencia sin duda. Alta, atlética, con un aire natural de autoridad. Probablemente en sus cuarenta, se movía con la seguridad de quien lleva años dominando el lenguaje de la formalidad institucional. Sus palabras eran medidas, su vestimenta impecable. Intimidante e intrigante a la vez.

Felipe sabía que no debía entretener esos pensamientos. No era un hombre que se distrajera con facilidad. Sus años en el Ejército le habían enseñado a dominar sus impulsos. Aun así, había algo en ella: tal vez la manera en que lo observaba de reojo mientras hablaba, o cómo sus palabras parecían probarlo sin darle importancia. Tal vez, simplemente, era él cambiando.

Sacudió la cabeza y respiró hondo. No había espacio para fantasías. No con un informe que debía terminar.

—Buenos días, señorita Cristi. Espero que el frío no haya sido demasiado esta mañana —dijo Felipe cuando ella llegó, puntual como siempre.

Su abrigo gris, a medida, junto a las botas altas resonaban suavemente en el suelo de madera. Irradiaba elegancia sin esfuerzo.

—Hola, Felipe. Llámame Angélica, como todos aquí —respondió con una sonrisa breve. Su tono era cordial, pero sin espacio para objeciones—. Pareces listo para la batalla. ¿Será la energía de tu caminata matutina?

Antes de que Felipe pudiera responder, ella cambió el ritmo de la conversación.

—¿Cómo va el informe?

—Por supuesto, Angélica. Ya revisé los archivos de la embajada británica. Sólo hay un nombre que me llamó la atención: la nueva analista del área de comercio.

Angélica se ajustó las gafas, mirando rápidamente el archivo en su computadora. Con los lentes puestos, su expresión se volvió más distante.

—Es hermosa y muy joven —comentó, sin inflexión—. Puedo ver por qué te llamó la atención. Pero hasta ahora, nadie ha señalado esa sección como fachada del aparato de inteligencia. La verdad es que, aparte del agregado militar, no tenemos nada concreto sobre operaciones británicas aquí.

Hizo una pausa breve. Luego se reclinó, quitándose las gafas con un gesto suave.

—Supongo que no haría daño indagar un poco más. Entonces, ¿cómo planeas hacerlo?

Su mirada se sostuvo en la de Felipe, evaluándolo con precisión calculada.

—Pensaba presentarme en el evento comercial de mañana en la embajada —dijo él, algo tenso—. Será una buena oportunidad para observarla de cerca. Ver si es solo una analista... o algo más. ¿Qué opinas?

Angélica pareció medir su respuesta por un segundo más de lo necesario. Luego sonrió apenas.

—Me parece una excelente idea. Felicitaciones.

La aprobación lo tomó por sorpresa.

—Solo recuerda mantenerte general sobre tu rol y no hablar demasiado de ti. Sé amable. Sé rápido. Y sobre todo, confía en tu instinto.

Sus ojos verdes lo atraparon por un instante. Una sonrisa sutil se dibujó en sus labios. Felipe sintió el calor subiéndole al rostro y

desvió la mirada. No estaba seguro de qué lo había desestabilizado más: su aprobación o su presencia.

Angélica se puso de pie, recogió sus papeles, alisó la falda con naturalidad y se preparó para marcharse.

—Buena suerte —dijo, con ese mismo tono preciso que no dejaba nada al azar.

Felipe la observó salir. El eco de sus pasos y el perfume discreto que dejó atrás persistieron unos segundos. Luego volvió la vista a su pantalla. Tenía un informe que terminar. Y un presentimiento que no lograba sacudirse.

4

La azotea de la embajada en Providencia era un espacio moderno y funcional: amplio, pero de alguna forma íntimo. Ian, esperando impresionar a Raquel, llevaba su traje más elegante y único, el que necesitaba ocasionalmente para presentaciones formales en sus clases de la Universidad.

Se sentía confiado, elegante. Varias mujeres le sonreían al pasar y Raquel, quizá notándolo, apretaba su brazo con una cercanía nueva, casi posesiva.

Al principio, socializar fue fácil. Pero pronto se dieron cuenta de que la mayoría de los asistentes se conocían desde hace tiempo por lo que la atmósfera de camaradería selecta los dejó eventualmente en un rincón algo aislado. De pie junto a la escalera, bebían un oscuro gin & tonic mientras Ian hacía bromas sobre la música —claramente no sacada de la playlist de Raquel— para aliviar la incipiente incomodidad.

Como si pudiera leer su estado de animo, una mujer joven se acercó a ellos con una sonrisa cálida. Se presentó como parte del personal de la embajada y comenzó una charla ligera sobre el clima y el origen de Ian, esperando pacientemente a que Raquel se sumara.

—También estoy terminando mi carrera técnica en programación de software en el instituto —dijo Raquel, con tono casual—. Así que espero estar trabajando desde cualquier parte del mundo el próximo año... si la IA no nos reemplaza antes, claro.

Se rió de su propia broma mientras la mujer —una funcionaria del área comercial— sonrió educadamente, algo incómoda ante cualquier tema que involucrara computadoras.

La conversación perdió impulso. Pero cuando Ian mencionó una anécdota sobre la Revolución de Octubre, un brillo fugaz cruzó los ojos de su anfitriona... justo antes de que un hombre alto apareciera de la nada.

—Buenas noches, ¿puedo unirme a ustedes? —preguntó Felipe con una sonrisa impecable. Era el momento perfecto para cumplir con su primera tarea de campo.

Raquel, que ya había sentido cierta incomodidad con las preguntas insistentes de la diplomática hacia Ian, no desaprovechó la oportunidad de tomar el control de la situación.

—¡Por supuesto que sí! ¡Cuantos más, mejor! —exclamó, lanzándose para darle un beso de saludo a Felipe. Un gesto inusual, tal vez innecesario, en ese entorno formal.

—Gracias —dijo Felipe con calidez—. Me sentía un poco fuera de lugar; es mi primera vez aquí. Felipe Correa, funcionario público.

Saludó primero a la mujer de la embajada y luego al joven extranjero, manejando la situación con soltura.

—Ian Curtis, de Londres. Estoy aquí como estudiante de intercambio —dijo, esforzándose por parecer indiferente ante la inesperada familiaridad entre Raquel y Felipe, casi tan alto como él.

—Margaret Standish, delegación comercial de la embajada —dijo ella con cortesía británica—. Bienvenido, Felipe. Espero que disfrutes de esta pequeña tradición de puertas abiertas para los amigos del Reino Unido.

Su apretón de manos fue cordial, pero sus ojos dejaron ver una frialdad repentina. Algo calculador. Raquel y Felipe lo notaron, aunque ninguno dijo nada.

—Me trae buenos recuerdos —dijo Felipe con voz suave—. Viví en Londres hace años y sigo considerando ese tiempo como uno de los más felices de mi vida.

Hubo una pausa. Su mirada se perdió por un instante en algún lugar lejano, mientras sonreía como quien ofrece un aire de nostalgia.

—Qué bien —dijo Margaret, algo más relajada—. Yo también soy relativamente nueva aquí, pero este puesto ha sido... interesante.

Entonces, con gesto inesperado, añadió:

—Estaba a punto de invitar a los chicos a jugar dobles en el Club de Tenis Providencia este sábado. Nos falta un jugador. ¿Te animas?

—No somos pareja — intervino Raquel enseguida, con una expresión que oscilaba entre la incomodidad y la sorpresa.

Para el joven estudiante la corrección cayó como un golpe en el estómago. Completamente innecesario y doloroso, pero no mostró ninguna reacción. Sólo terminó su bebida con su impasibilidad habitual y cuando Raquel aceptó la invitación por

ambos, no pudo evitar notar la ironía: eso —decidir sin consultar— era, para él, algo que sólo haría una mujer en pareja.

—Por supuesto, me encantaría —respondió Felipe con entusiasmo—. Solía practicar esgrima allí hace años. Quizá incluso pueda saludar a algunos viejos amigos antes de encontrarme con ustedes.

Su tono era ligero, pero la aceptación iba más allá de la mera cortesía. El tenis era su debilidad personal.

El sábado siguiente, Felipe se despertó temprano, como siempre. Corrió por el Parque Forestal, desafiando el aire helado con su equipo térmico, guantes y una máscara que le daba aspecto de comando militar.

Después de su desayuno habitual, no resistió la tentación: metió su viejo equipo de esgrima en su viejo bolso de armas. Pensaba visitar las pistas antes del partido. Tal vez algún combate ligero con antiguos compañeros de armas si se presentaba la oportunidad.

Mientras se afeitaba frente al espejo, con el vapor subiendo en la ducha detrás de él, se sorprendió sonriendo. La chispa de anticipación crecía en su interior.

El sótano oscuro y frío donde se encontraban las pistas de esgrima parecía recibir a Felipe como si nunca se hubiera ido. El club era más conocido por su ambiente social que por la competencia de alto nivel. La mayoría de los miembros eran niños aprendiendo los fundamentos o adultos mayores que buscaban algo de ejercicio ligero.

Pero eso nunca le molestó. Competitivo por naturaleza, Felipe se enfocaba en sus clases privadas con su envejecido pero sabio maestro de armas. Buscaba combates con los esgrimistas más técnicos, aunque ya no participaran en torneos oficiales.

—¡Felipe Correal! ¡Mis ojos me engañan! No lo creería si no estuviera parada justo frente a ti.

Una joven corrió hacia él y lo envolvió en un abrazo apretado. Su energía desbordaba alegría ante la llegada del visitante inesperado.

—Te ves igual que siempre —dijo—. En forma, saludable... pero ahora en serio: ¿qué cagada te mandaste, weón, que te saliste del Ejército?

Felipe rió. Su mezcla de calidez y franqueza seguía intacta. Tal como la recordaba.

—Ya sabes cómo soy, un lobo solitario. No me veo echando raíces pronto y eso no ayuda mucho si quieres ascender en el Ejército.

Le dio un beso rápido en la mejilla y siguió caminando hacia las pistas.

—Tengo tiempo sólo para unos pocos asaltos antes de irme — gritó por encima del hombro, sin dejar de avanzar.

Después de un breve calentamiento, se enfundó en su viejo traje de kevlar con resistencia de 800 newtons. Conectó el cable corporal a su equipo, escuchando el familiar sonido de cierre del circuito eléctrico. Luego alzó su desgastada máscara de combate y la acomodó sobre el rostro. El olor a sudor seco y metal activó antiguos recuerdos.

Por un instante, se sintió como un niño nuevamente, entrenando en su internado en Londres. Recordó la adrenalina de sus primeros torneos y cómo esa pasión lo llevó, años después, a ganar múltiples competencias internacionales en la academia militar.

—Así que nos encontramos otra vez, viejo amigo.

Felipe levantó la vista y sonrió. Un rostro conocido le devolvía el saludo con una reverencia formal.

—Iván —dijo, cruzando la espada en señal de saludo—. Me han dicho que tu técnica ha mejorado, mi joven aprendiz.

—Cuidado, Maestro Jedi. Tal vez me pasé al lado oscuro — respondió Iván con una sonrisa torcida.

Un tercer esgrimista se ofreció para activar el marcador. No hacía falta árbitro. No en un combate amistoso como este.

Ambos se colocaron en posición de combate listos para cuando se iniciara el marcador.

Felipe atacó de inmediato. Una táctica psicológica: demostrar que aún estaba en forma. Pero Iván, sereno, lo esperó. Bloqueó el golpe con destreza y respondió con precisión. Tocado, directo al pecho.

—No es como andar en bicicleta, ¿cierto? —bromeó.

Felipe soltó una breve risa, girando los hombros para liberar tensión.

—Tranquilo. Solo estoy calentando.

Volvieron a sus posiciones.

Esta vez, Felipe avanzó con más cuidado. Iván se mostró confiado, casi relajado. De pronto vió su oportunidad: un espacio bajo el brazo armado de su oponente. Amagó a la izquierda, cambió al último segundo y tocó limpio sin que Ivan pudiera esta vez evitar el golpe.

—Definitivamente no es como andar en bicicleta —dijo riendo mientras se quitaba la máscara y tomaba agua. Tengo un partido de tenis en breve. ¿Te parece si lo resolvemos con un punto final, como en los viejos tiempos?

—Tú y tus finales dramáticos —se burló Iván, girando el cuello—. ¡Vamos! El punto de oro de la Copa Internacional de Bebedores.

Felipe, ahora más defensivo, comenzó a ceder terreno. Iván lo presionaba con pasos rápidos y precisos. Cada intercambio lo obligaba a retroceder, hasta que sus talones tocaron el borde de la pista.

No había escape.

Con una finta rápida, Iván rompió su defensa y tocó con claridad.

Punto. Partido. Victoria para el local.

Iván se adelantó con una sonrisa y lo abrazó con fuerza.

Felipe, como siempre, se tensó un poco antes de recibir el abrazo... pero luego devolvió el gesto con una palmada en la espalda. Sabía que el saludo era sincero.

—Has mejorado con los años —murmuró, apenas sonriendo.

Iván se alejó, riendo.

—Y tú sigues siendo pésimo con los cumplidos.

6

El grupo estaba listo después de un breve calentamiento en las canchas de arcilla —la superficie favorita de Felipe. Allí, por fin, podía jugar con sus fortalezas y sacudirse la frustración del combate anterior de esa mañana, que prefería olvidar.

El tenis siempre había sido un deporte social para él: una excusa para mantenerse activo, reírse con amigos. El marcador no importaba, no como en los combates cuerpo a cuerpo en el sótano.

—Perdón por llegar tarde amigos —dijo Felipe, dejando su bolsa junto a la reja y levantando su raqueta gastada.

Margaret se apoyaba casualmente en la suya, con una sonrisa juguetona en sus labios.

—Oh, no te preocupes amor. Solo estábamos charlando y riéndonos un poco.

Su tono distaba mucho del aire pulido que había mostrado en la embajada. Felipe le devolvió la sonrisa aliviado con este aire mas informal.

—Gracias, Margaret. ¿Supongo que somos nosotros contra los chicos?

—Así es —dijo ella, girando la muñeca con su raqueta como si preparara un saque.

Al otro lado de la red, Ian y Raquel ya estaban listos. Él le lanzaba sonrisas confiadas; ella giraba la raqueta con nerviosismo disimulado.

El juego fluyó con facilidad, entre risas y una competitividad suave. La mañana helada había dado paso al sol templado del mediodía y la cancha entera parecía más acogedora bajo su luz.

Raquel y Margaret jugaban con soltura, marcando un ritmo alegre. Ian y Felipe, aunque intentaban algunos tiros ganadores, controlaban su ímpetu competitivo, cuidándose de no imponer un ritmo forzado de juego a sus compañeras.

Tras un desempate reñido, Ian y Raquel se llevaron el punto de partido. Felipe rió para sí, medio en broma considerando retirarse de los deportes. Pero estaba satisfecho: había sido un buen partido y por unos minutos había logrado olvidar la verdadera razón por la que estaba allí.

Más tarde, se acomodaron en la terraza del bar del club, compartiendo café con agua mineral y bromas. Las risas fluían tan fácil como el sol entre los toldos blancos.

—Esto fue divertido, ¿no? —dijo Ian, más para sí mismo que para los demás.

—Sí —concordó Raquel, apoyando su mano, casi sin pensarlo, sobre el muslo del joven.

Ian se recostó ligeramente en su silla, saboreando el gesto como una pequeña victoria. Su mirada se desvió hacia Felipe.

—Tal vez la próxima vez deberíamos traer un árbitro —dijo con una sonrisa ambigua.

Felipe sostuvo la mirada por un segundo más de lo necesario.

—Claro. Aunque deberíamos mejor probar un partido individual para la próxima ocasión.

La tensión fue breve, casi imperceptible, disuelta por la voz de Margaret.

—Me encantaría repetirlo amigos, pero la próxima semana estoy pensando en ir a esquiar. Me dijeron que esta es la mejor época del año.

—¡Buena idea! —dijo Ian, animado—. Conozco algunas cabañas bastante accesibles en Farellones. Grandes, con muchas habitaciones. Podríamos compartir una.

Se volvió hacia Raquel, bajando la voz para intentar disimular su entusiasmo.

—¿Te gustaría venir, bebé?

Raquel sonrió, fingiendo sorpresa.

—Claro. Pero no sé esquiar. ¿Me enseñarías?

—¡Obvio! Para el mediodía estarás bajando la montaña como toda una profesional.

Entonces, como si fuera un gesto de cortesía o un reto disimulado, Ian se volvió hacia Felipe.

—¿Y tú, Felipe? ¿Te animas?

Todos lo miraron con sonrisas cálidas esperando su respuesta.

Felipe sostuvo su taza de café entre las manos, observando a cada uno con calma. Luego sonrió más con la mirada que con los labios.

—Me parece una excelente idea. No hay nada como el aire de montaña para aclarar la mente.

—¿Tú hiciste qué?

Angélica casi se atragantó con su té matutino, mirando a Felipe con incredulidad mientras él le relataba su inesperado plan de fin de semana.

—Espero que te guste la nieve capitán, porque estás en aguas profundas ahora.

—Lo sé. Quizás me dejé llevar un poco —admitió Felipe, con una sonrisa—. Nunca fui muy fanático de las montañas, pero conozco lo básico. Supongo que el próximo fin de semana pondrá fin a este pequeño desastre.

Angélica se recostó en su silla, una sonrisa irónica curvando sus labios. En sus ojos brillaba una mezcla de astucia y afecto casi maternal.

—Relájate Capitan. Esto es nuevo para ti. Es parte del proceso. Y quién sabe, tal vez incluso saquemos algo útil de esta aventura.

Golpeó suavemente la mesa con los dedos.

—Déjame pensarlo un poco y veremos. Por ahora, disfrútalo mientras dure.

El sábado por la mañana, Felipe conducía su viejo jeep cuesta arriba hacia las cabañas de montaña, en silencio, acompañado por la suave música de la playlist de Raquel. Las charlas esporádicas de Margaret e Ian sobre la política británica llenaban el ambiente sin apuro, como si la nieve los hubiera puesto a todos en una frecuencia más lenta.

La tarde anterior, Angélica le había entregado una carpeta.

—Un poco de lectura ligera para el fin de semana —dijo, colocándosela en la mano con gesto casual.

Felipe había frunció el ceño.

—¿Así que todavía seguimos con esto?

Esperaba un descanso. Tal vez algo de whisky, un buen libro, la compañía de Margaret. No una operación encubierta.

—Nadie en la oficina cree que la señorita Standish sea más que una analista comercial con espíritu aventurero —dijo Angélica, con tono medido—. Pero ya que tú estás al mando, prefiero pecar de precavida. Deja la carpeta por ahí. Si ella la hojea o le saca fotos, lo sabremos.

Se había reclinado en el sillón, con la mirada puesta en el atardecer tras los ventanales de su oficina. Su rostro mostraba señales de agotamiento y aun así, irradiaba ese magnetismo tranquilo que Felipe siempre encontraba perturbador.

Esa noche, en su departamento, Felipe hojeó la carpeta con una bebida en la mano. La estaba leyendo por rutina, sin urgencia, hasta que algo lo detuvo.

ORDEN PRESIDENCIAL, decían las primeras líneas, en mayúsculas, centradas en la parte superior.

Se inclinó hacia adelante. Tosiendo levemente y volvió a leer.

Una orden directa del Ejecutivo al Departamento de Estudios Generales —su cobertura oficial. El lenguaje era clínico, pero el contenido explosivo.

“Analizar y preparar planes de contingencia para la nacionalización de todas las minas de cobre del país, siguiendo la estrategia aplicada al litio por Codelco. Objetivo: renegociar con empresas extranjeras, priorizando el medioambiente y la industrialización local.”

Felipe exhaló lentamente. Sabía lo que eso significaba.

Una carpeta como esa, encontrada accidentalmente por una funcionaria extranjera, podía encender más que llamadas diplomáticas.

Apoyó la frente contra el cristal frío de la ventana, contemplando las luces que brillaban junto al río. A lo lejos, la silueta de las montañas lo esperaba.

En el reflejo del vidrio, su sonrisa apareció sin que él la buscara y la sostuvo por un momento. Luego se apartó, dejó el vaso sobre la mesa y apagó la lámpara para una reparadora noche de sueño.

La cabaña era amplia y acogedora, un refugio tibio en medio del paisaje helado. Desde las ventanas, se veían las pistas cubiertas de nieve, donde esquiadores de todo el mundo aprovechaban el cielo despejado.

Niños en tablas de snowboard se esforzaban por mantenerse de pie. Los adultos se deslizaban con elegancia, algunos grabando videos en sus celulares, otros simplemente respirando el aire puro.

Para alivio de todos, Ian asumió el rol de instructor con entusiasmo. Después de alquilar el equipo, subieron en teleférico hacia las pistas para principiantes. Margaret los acompañó, divertida por repasar lo poco que recordaba de un viaje de años atrás con su familia.

—Te dije que para el mediodía estarías genial —dijo Ian, riendo mientras le daba un beso espontáneo a Raquel.

Ella sonrió, sonrojada por el frío... o tal vez por algo más.

Delante de ellos, Felipe y Margaret ya bajaban lentamente la colina, conversando a media voz mientras hacían giros suaves y controlados.

Luego de varias bajadas, se acomodaron en una pequeña cafetería de montaña. El vestíbulo estaba lleno de cascos, guantes y abrigos colgando de percheros. El interior era cálido, con olor a café y pasteles recién horneados.

Se hundieron en los asientos acolchados, los músculos doloridos, pero felices.

—Este lugar —dijo Margaret, con la mirada perdida en el horizonte—. Me deja realmente sin palabras.

Una nube baja cubría parcialmente los picos, creando una vista paradisiaca con el reflejo del sol.

—Creo que ya me ejercite bastante por hoy. Tal vez me escape para una siesta —añadió con una sonrisa traviesa—. Luego, si están de ánimo, puedo cocinar algo. Traje un par de botellas de vino locales que quiero probar.

Raquel miró a Ian, dejándole la decisión. Él, encantado, respondió:

—Podríamos hacer unas bajadas más. Tal vez incluso una pista un poco más avanzada. ¿Qué dices, bebé?

Ella asintió y le apretó la mano.

Entonces Ian se volvió hacia Felipe, como quien no quiere dejar a nadie fuera... o quizas sólo por cortesía.

—¿Vienes con nosotros, amigo?

Felipe sostuvo su mirada intuyendo que no era realmente bienvenido. Luego, con su sonrisa medida, dijo:

—Paso esta vez. Tengo algo de trabajo que revisar. Y me vendrá bien un poco de silencio... mientras Margaret toma su siesta.

La tenue luz de las velas parpadeaba suavemente, mezclándose con el murmullo delicado de la música seleccionada por Raquel, ambientando a la perfección el estofado de conejo de Margaret —una preciada receta familiar de su lado francés. La selección de cepas combinaba maravillosamente con el plato, defendiendo orgullosamente la reputación de la región como una de las mejores productoras de vino del mundo.

Después del brunch, Ian y Raquel habían regresado a las pistas para más descensos. Mientras tanto, Felipe se hizo útil en la cocina, cortando verduras y ordenando mientras su compañera preparaba el conejo.

Eventualmente, Margaret dejó el estofado cocinándose a fuego lento y desapareció en su habitación para una siesta rápida. Felipe, fiel a su palabra, se quedó a cargo — aprovechando también para ponerse al día con el trabajo que había estado posponiendo.

Y entonces, finalmente, el momento de la verdad.

Margaret regresó. Su piel resplandecía después de una ducha fresca, vestida con algo más ligero y seductor. Por un breve segundo, los ojos de Felipe se detuvieron en su esplendida figura antes de volver a su carpeta de trabajo.

Él dejó escapar un suspiro silencioso, arrojando casualmente sus papeles sobre el sofá, como si su peso ya lo aburriera. Se estiró, soltando los hombros y se dirigió a su habitación.

—Hora de una ducha caliente, larga y relajante —murmuró, desapareciendo tras la puerta.

El fuego crepitando en la chimenea proyectaba un resplandor cálido sobre la habitación, envolviendo la noche en un aire de magia tranquila. Terminaron la botella de vino mientras la conversación

derivaba hacia planes para un regreso temprano a las pistas por la mañana.

Un poco cansada, Raquel decidió que era hora de retirarse. Tomó suavemente la mano de Ian y lo condujo hacia su dormitorio. Ian no dijo nada —solo ofreció a Felipe y Margaret un gesto silencioso de buenas noches, su característico rostro impasible firmemente en su lugar.

Felipe los vio desaparecer por el pasillo y sonrió con alegría por ellos.

—Tipo con suerte —murmuró.

Margaret se reclinó en el sofá, una suave sonrisa curvando sus labios.

—Ella es agradable, hacen bonita pareja.

Felipe asintió, haciendo girar las últimas gotas de vino en su copa.

Entonces Margaret se inclinó más cerca, la luz del fuego parpadeando en sus ojos. Su voz bajó a un susurro bajo mientras se acercaba a su oído.

—¿Y tú qué piensas de mí?

El aliento de Felipe se detuvo por un momento.

Cualquier cosa que la noche tuviera reservada, él estaba listo.

Al otro lado del océano, en Londres, el verano estaba en pleno apogeo, arrojando un calor pesado sobre Kensington. El embajador se sentaba solo en un rincón tranquilo de un restaurante cercano a su residencia oficial, trabajando sin entusiasmo el pastel de carne en su plato.

Apenas lo saboreaba. Su mente daba vueltas desde la abrupta convocatoria del Ministerio de Asuntos Exteriores. Después de décadas en la diplomacia, sabía perfectamente que una llamada en medio del verano rara vez traía buenas noticias.

Suspiró y dejó el tenedor. Muy pronto —tras un almuerzo ligero y una caminata breve hasta el metro rumbo a Whitehall— descubriría qué pretendía ahora el Gobierno de Su Majestad respecto a su pequeño y últimamente problemático país.

—Buenas tardes Embajador. Por favor, tome asiento.

El joven funcionario a cargo de los asuntos sudamericanos, un tal Richard, lo saludó con cortesía pero distancia. El aroma de un Earl Grey reciente aún flotaba en la sala.

—Gracias, Richard. Un gusto verte.

El tono del embajador era firme, pero su expresión permanecía grave mientras se acomodaba en la silla. Se preparó para lo peor.

—Hemos recibido información alarmante sobre los planes de su gobierno para nacionalizar las minas de cobre del país.

El tono de Richard seguía siendo diplomático, pero mostraba una tensión creciente.

—Como bien sabe, el Reino Unido mantiene inversiones significativas en el sector... y lo mismo ocurre con Canadá y Australia. Socios estratégicos y valiosos miembros de la Commonwealth.

Se inclinó levemente hacia adelante.

—Se me instruyó expresar el más firme rechazo de nuestro gobierno ante cualquier decisión política que pudiera poner en riesgo nuestras inversiones conjuntas.

El embajador parpadeó. La sorpresa fue genuina. No tenía conocimiento de ningún movimiento en esa dirección por parte de su gobierno, aunque, a la distancia, no le resultaba extraño que algo de esa magnitud no se le hubiese informado.

Tomó una pausa breve, ordenando sus pensamientos. Luego respondió con la precisión que exigía el protocolo.

—Agradezco al Gobierno de Su Majestad por poner esta inquietud en conocimiento de la embajada. Me comunicaré de inmediato con nuestra Cancillería para solicitar una aclaración y proporcionar una respuesta completa y exhaustiva a este asunto urgente.

Ambos se pusieron de pie. El apretón de manos fue firme, aunque protocolar. Nada en sus gestos permitía adivinar preocupación. La diplomacia, al fin y al cabo, siempre debía estar por encima de cualquier contingencia política.

Cuando el embajador salió del edificio, el calor de la calle comenzaba por fin a ceder. Decidió caminar de regreso a su residencia a través de Hyde Park, dejando que el aire más fresco de la tarde le ayudara a procesar la conversación.

Mientras cruzaba el puente sobre el breve canal, con los árboles murmurando a su alrededor y las sombras alargándose en

el césped, un pensamiento cruzó su mente —seco, directo, inevitable.

Y ahora, ¿Qué chucha estarán pensando estos aprendices en el gobierno?

11

—Increíble.

Ese era el sentimiento general entre el personal mientras hacían fila para estrechar la mano de Felipe en la oficina, un par de días después.

—Se lo creyeron —cada mínimo detalle —repetía Angélica, ofreciendo copas para celebrar. Era una rara muestra de entusiasmo por su parte mientras la euforia se propagaba rápido por el salón.

—¿Esto va a crear un problema entre nuestros gobiernos? —preguntó Felipe en voz baja, con la mirada perdida en las primeras luces sobre el cerro Santa Lucía, visibles más allá de la ventana.

Angélica se volvió hacia él con un destello travieso en los ojos.

—Cero —respondió, con la sonrisa de una niña que acaba de salirse con la suya. Por una vez, bajó la guardia, revelando un lado menos calculador.

—Estuve en la oficina del Canciller esta mañana. Le expliqué todo al embajador Britanico. En cuanto a tu novia... lo más probable es que la reasignen a Islandia después de este fiasco.

—Parece que lo disfrutas demasiado —dijo Felipe en voz baja, la molestia apenas contenida. Después de todo, estaba convencido de que la carpeta nunca había salido de la cabaña.

Angélica ladeó la cabeza, su sonrisa atenuándose.

—Claro que no, capitán —respondió, volviendo a su tono neutral—. Es solo una pequeña victoria para el equipo local. No todos los días le anotamos al servicio de inteligencia más respetado del mundo. Déjame saborearlo, ¿sí?

Le guiñó un ojo con esa mezcla desconcertante de humor y poder y se giró para reunirse con el resto del equipo.

Horas más tarde, Felipe salió con algunos colegas para continuar la celebración. Visitaron varios bares discretos, los típicos lugares donde burócratas, contadores y bancarios se refugiaban con cerveza y comida rápida.

Era también el rito informal de bienvenida al equipo. Todos estaban impresionados con este resultado.

Pero al caer la noche, Felipe logró escabullirse. Ya no podía fingir el entusiasmo. Margaret seguía ocupando su mente.

De vuelta en casa, algo le llamó la atención al salir del ascensor: las luces del departamento estaban encendidas. Extraño. No las necesitaba por la mañana, cuando la luz sobre los Andes lo bañaba todo.

—Por fin estás en casa amor —dijo Margaret desde el sofá. Estaba sentada con las piernas recogidas, su voz cálida y casual.

Felipe se detuvo en seco, la mano aún en la llave. Su presencia era una sorpresa, pero ese tono informal —esa jerga que antes le había parecido trivial y ahora casi íntima— suavizó el impacto.

—Veo que usaste tus trucos del MI6 para entrar —dijo Felipe, recuperando el aplomo, ajustándose la corbata con deliberación—. Supongo que no es una visita social.

—Me temo que no cariño —respondió ella, con voz dulce pero cargada—. Fue divertido mientras duró. Pero se acabó. Estoy en el próximo vuelo a Londres, gracias a ti y tu pandilla de aficionados.

El tono irónico apenas enmascaraba su frustración.

Felipe notó la amargura y curiosamente, le resultó un alivio. Aún era ella. Tal vez había algo más detrás de esta visita.

Cruzó la sala en silencio y preparó dos bebidas. El sonido del hielo fue lo único que se escuchó. Cuando le tendió el vaso, ella lo tomó con agradecimiento disimulado.

—Solo necesito saber —dijo Margaret, con la voz aguda—. ¿Cómo demonios me identificaron?

Felipe respiró por un momento y sonrió con aire relajado.

—¿Me creerías si te dijera que fue suerte de principiante?

Intentaba sonar despreocupado, pero sus ojos lo traicionaban. Aun así, no pudo evitar sentir algo nuevo: una pizca de adrenalina. Tal vez incluso orgullo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella. La tensión en su voz delataba arrepentimiento. Su jugada en solitario, sin pasar por la embajada, había sido un error. —¿Y por qué, exactamente, están vigilando nuestras actividades?

Felipe sintió el pulso acelerarse. Su mandíbula se tensó. La indignación estaba ahí, cerca de la superficie.

—Mira bonita —dijo con voz templada, pero firme—. Somos un país independiente desde el siglo XIX. Tal vez pequeños, tal vez desordenados. Pero no somos empleados de tus esquemas globales.

Ella bajó la vista, se rindió un poco.

—Lo siento —susurró, pidiendo otra copa—. Solo no lo entiendo.

—Si te sirve de consuelo —dijo Felipe, llenando su vaso—, hay políticos aquí —incluso el presidente— que nacionalizarían todo el cobre mañana mismo. Lo verían como una victoria ecológica. Como justicia social.

Se encogió de hombros, mirando por la ventana.

—Pero no pueden. Tenemos un congreso dividido. Como siempre.

—Eso ya lo sé —dijo Margaret—. Raquel me llevó a suficientes fiestas de su asociación socialista. Entiendo por qué los vigilan.

Su voz se volvió más suave.

—Pero ¿por qué yo? Hay cien personas en nuestra delegación.

Entonces Felipe hizo algo inusual: sacó un cigarrillo. Lo encendió con precisión, dejando que el humo llenara el aire con una lentitud calculada.

—Sí, tienes razón —dijo al fin, con expresión seria—. No fue suerte de principiante. Solo... una increíble mala suerte de tu parte.

Hizo una pausa.

—Conocí a tu hermano. Fuimos compañeros en Londres, en el internado. Guardaba fotos familiares. Una era tuya.

Ella lo miró fijamente.

—También me dijo, en voz baja una noche, que su padre era MI6. Pero me hizo jurar que nunca lo repetiría. Ni en la escuela. Ni a nadie.

Felipe exhaló el humo lentamente, sus ojos siguiendo la nube mientras flotaba hacia la ventana abierta.

—Supongo que tuve una ventaja desde el principio.

Margaret se quedó en silencio. Luego asintió. Algo encajó en su mente. La lógica se cerró sobre sí misma.

—Increíble —dijo, sacudiendo la cabeza—. Sobre todo considerando cómo papá nos insistía en que nunca dijéramos nada. Debieron haber sido muy cercanos.

Ahora hablaba con voz neutra, recogiendo sus cosas sin apuro.

Felipe la siguió con la mirada.

—Supongo que es el tipo de vínculo que se forma cuando compartes habitación desde los doce años —murmuró casi para si mismo.

La puerta se cerró sin una despedida.

Felipe dejó escapar un suspiro largo y lento, sin saber que lo había estado conteniendo.

Se volvió hacia la ventana abierta.

Las estrellas brillaban sobre la ciudad. Y en ese instante, los recuerdos de otra época —el internado, los susurros por la noche y los secretos— regresaron como un eco lejano... uno que aún no se había desvanecido del todo.